

La chaqueta

Por Anghie Prado Mejía*

Viajé a Bogotá un viernes del año pasado. Antonio me esperó en el aeropuerto y luego me hospedó en el apartamento de Silvia, su hija, mi amiga, en pleno corazón de la capital. Ahí estaba él, otra vez sacándome de apuros. Yo estaría solo por dos días. Quería recorrer el centro, en especial la séptima; caminar esa avenida siempre me gustó y con Antonio me gustaba más. Disfrutaba recorrer cada cuadra y sentir el viento en la cara, sentir el afán de los transeúntes, y ver la mugre y la elegancia en las calles. Entrar a la Merlín y, por último, almorzar juntos en el restaurante de las mujeres del Pacífico. Con Antonio todo era complicidad. Cada uno podía hablar abiertamente sin censuras, moralismos o señalamientos.

Por esa época yo estaba sin trabajo, recién separada y con más problemas que el álgebra de Baldor. Aunque en verdad no eran problemas, era la crisis de asumir la vida propia. Ese viernes después de almorzar le dije a Antonio que me acompañara a ver una chaqueta. Yo quería una buena chaqueta, una chaqueta color negro y preferiblemente de cuero. Él me dijo que camináramos hacia la 19 con tercera, allí había un *outlet*. Bajamos por la zona de los edificios mientras lloviznaba. Paramos en un semáforo y sacamos el paraguas, seguimos hasta llegar al sitio. En efecto, había prendas bonitas y baratas. Antonio me insistió en que mirara unas bufandas, le dije que regresáramos al apartamento porque estaba corta de dinero, parte de la plata la había dejado en la casa de Silvia. Ya sé lo que están

pensando: el viejo truco, pero no. En realidad, estaba vaciada, rota y él lo sabía; por eso no escatimó en pagar la cuenta. Esas prendas me sirvieron durante los inviernos de mi exilio.

A comienzos de este año decidí organizar mi closet, mientras lo hacía vi la chaqueta y por alguna razón extraña pensé que su fecha de vencimiento estaba cerca. Estaba llena de moho, descascarada y desteñida, parecía un presagio. Antonio sufría de diabetes tipo 2 y con el tiempo tuvo que renunciar a sus mayores placeres: la *Coca-cola*, el cigarrillo y el vino. Esto era tolerable para él, sí había afrontado con mesura el suicidio de Silvia, podía sobreponerse a cualquier tipo de quiebre o prohibición. Pero la diabetes es endémica, anímica y caprichosa, así que poco a poco Antonio perdió la movilidad en sus extremidades y gran parte de su visión. Del mismo modo, la chaqueta empezó a desgastarse ¿se estaría pudriendo? A lo mejor... Yo me rehusaba a botarla, me parecía un acto desleal, pero sabía que tarde o temprano tendría que renunciar a ella. La miré con cuidado, la olí, la limpié y la volví a poner en su puesto.

En julio volví a Bogotá, fue la oportunidad para llevar mi chaqueta que, aunque vieja y deteriorada, siempre estaba caliente para la gélida capital. Su aspecto no era el mejor, pero yo no tenía el valor de echarla a la basura como se abandonan las cosas viejas. Sin embargo, de vuelta en Cartagena me vi obligada a dejarla sobre el diván del hotel. La dejé a su suerte. El 20 de septiembre mientras preparaba el café recibí un WhatsApp: Antonio Rojas será velado en los Libertadores. ■■■

* Antropóloga de la Universidad del Magdalena, Magíster en Políticas Públicas y docente catedrática del programa de Antropología de la Universidad del Magdalena. E-mail: apradom@unimagdalena.edu.co.